

CANÁ

José María R. Olaizola, S.J.

Haced lo que él os diga
y convertiréis
el pozo gris en puerta de color,
el rescoldo en hoguera,
el balbuceo en canto,
la borrasca en fiesta.

Haced lo que él os diga,
o, mejor aún, lo que él haga.

No os conforméis
con el sí de los borregos,
el quizás de los vacilantes,
o el no de los descontentos.
Vuestro sí ha de ser pasión.
Vuestra duda, compromiso.
Vuestra negación, profecía.

Llenad con agua las tinas
que han de saciar la sed
de este mundo desquiciado.
Que se convierta en vino
de locura para los aburridos,
cordura para los exaltados,
seguridad para los afligidos,
vacilación para los arrogantes.

Brindaremos, al fin,
en la mesa de todos,
que el mismo Dios prepara
desde que encendió la luz
por vez primera.



Transparencia y comunicación de la Iglesia

Por P. Rolando G. Montes de Oca Valero

Las enseñanzas de María y Jesús en las bodas de Caná (Juan 2, 1-11)

Por Michael Martínez, S.J.

Los símbolos

Por Esteban L. Aquino Nieto

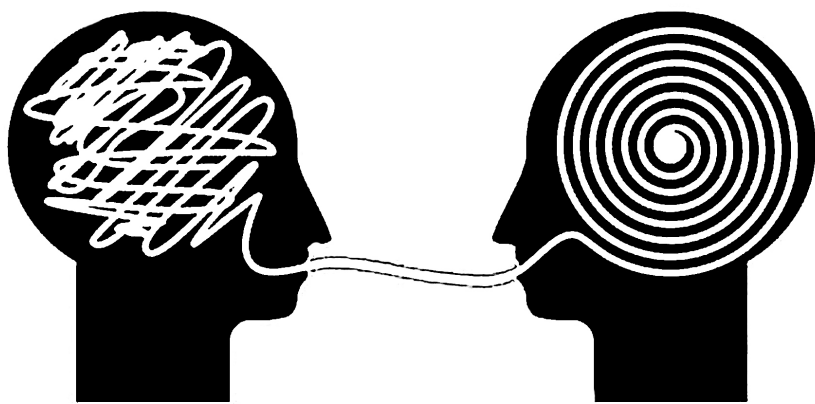
SANTORAL

D 19: San Arsenio / **L** 20: San Fabián y San Sebastián / **M** 21: Santa Inés / **Mi** 22: San Vicente/ **J** 23: San Idelfonso / **V** 24: San Francisco de Sales / **S** 25: Conversión de San Pablo

24 de enero: San Francisco de Sales, patrono de periodistas y escritores

Transparencia y comunicación de la Iglesia

Por P. Rolando G. Montes de Oca Valero



La transparencia, término tomado del mundo de la física, se ha convertido en un reclamo que emplaza a todas las instituciones. Es un vocablo que nos gusta, sobre todo, cuando se refiere a la economía y a las decisiones de gobierno. La exigencia de transparencia tiene alcances, pero también límites.

Durante siglos, las sociedades abusaron del secreto y control de la información para protegerse de sus enemigos en lo político, económico y militar. Al paso del tiempo, el secretismo se volvió cultura. La Iglesia no fue la excepción, pero más allá de su autoprotección, la custodia del secreto apuntó a valores superiores y referenciales como la dignidad humana y el bien común.

La Iglesia tiene claro que su modo habitual ha de ser la apertura. En los documentos del Magisterio sobre la comunicación no sólo se afirma la importancia de la libertad de información, sino que se advierte contra el “uso de los medios de comunicación para el control y el dominio” y el “practicar innecesariamente el secreto, pecando contra la verdad”. Hay una razón para la apertura: entre los miembros de la Iglesia existe una igualdad básica de dignidad y misión proveniente del bautismo, lo cual se expresa en la par-

ticipación honrada y respetuosa de la información y las opiniones.

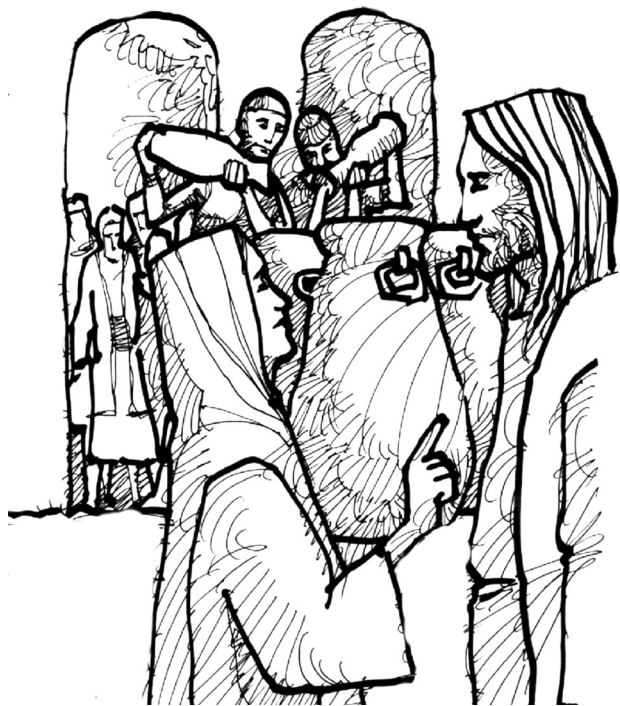
Aunque la Iglesia, con graves consecuencias, no pocas veces ha pecado de secretismo, desde su identidad y misión no tendría dificultades en identificarse con el actual reclamo de transparencia en cuanto tiene de apertura, libre flujo informativo, corresponsabilidad, sinodalidad y rinde cuentas en todas las direcciones.

Ahora bien, el problema de la transparencia es que no admite matices, mientras la realidad está llena de ellos. El ser humano es misterio y la transparencia tiende a aplanarlo todo, a simplificarlo, a uniformar toda asimetría. El silencio es también un valor en relación a la reflexión y a la escucha, mientras que la transparencia potencia una avalancha informativa, en ocasiones inconexa y descontextualizada, que deja la sensación de saberlo todo cuando en realidad nos aleja de la verdad. Por eso el contexto transparente favorece el irrespeto y la agresividad que tantas veces se constata en la gran red. La Iglesia, en cambio, proclama el respeto al misterio, que es cada persona con su interioridad, su conciencia, su secreto, su alma.

La brújula en la actitud comunicacional de la Iglesia ha de ser su identidad, su verdad al servicio de la evangelización, del anuncio que potencia el bien común y la dignidad de la persona humana. Por ello, se hace necesario para todos, especialmente para los comunicadores de la Iglesia, estudiar y dar mayor visibilidad al Magisterio de la Iglesia sobre comunicación, a fin de que lo que hacemos, decimos y callamos como Iglesia refleje siempre lo que somos y lo que hemos recibido: la Verdad que nos ha sido revelada y que nuestro mundo de hoy necesita con toda claridad.

Las enseñanzas de María y Jesús en las bodas de Caná (Juan 2, 1-11)

Por Michael Martínez, S.J.



La fe cristiana puede resumirse en la frase del Evangelio de San Juan: “Hagan lo que Jesús les diga”. Estas palabras, pronunciadas por María, la Madre de Jesús, a los sirvientes en la boda de Caná, nos ofrecen profundas lecciones. En este evento, celebrado en un pequeño pueblo a unas nueve millas al norte de Nazaret, María enfrenta un problema grave: el vino de la boda se había agotado. Esta es la primera de dos apariciones de María en el Evangelio de Juan, y en ambas, ya sea en la alegría de una boda o en el dolor de la crucifixión (Juan 19, 25-27), María nos enseña tres valiosas lecciones:

1. No nos quejemos de los problemas; solucionémoslos con Jesús y en comunidad. María, en lugar de quejarse y culpar a los responsables, busca una solución acudiendo a Jesús. Así, surge una red de cooperación: María habla con su hijo, luego con los sirvientes, quienes obedecen a Jesús, y finalmente el mayordomo, el novio y todos los presentes participan del milagro. María nos enseña que los problemas y las alegrías no deben vivirse en soledad, sino con Dios y en comunidad.

2. Vivamos lo que predicamos. María no es hipócrita: no pide a los sirvientes que hagan algo que ella misma no haya

practicado. En la Anunciación, María dijo: “He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra” (Lucas 1, 38). Así, cuando dice “Hagan lo que Jesús les diga”, conoce de primera mano el valor de la obediencia a Dios. Esta obediencia, como la de los israelitas en el Monte Sinaí (“Haremos todo cuanto ha dicho Yahvé”, Éxodo 19, 8), siempre trae novedad y fuerza, ya sea en una boda con vino abundante o al pie de la cruz en medio del sufrimiento.

3. María, la “Nueva Eva”, nos invita al primer signo, no al primer pecado. Cuando María le informa a Jesús sobre la falta de vino, él responde: “Mujer, ¿qué podemos hacer tú y yo? Todavía no llega mi hora”. Un hijo no llamaba “mujer” a su madre, pero así María se presenta como la “Nueva Eva” e invita a Jesús, el “Nuevo Adán”, a realizar su primer signo de salvación. Como nueva creación de Dios (2 Corintios 5, 17), estamos llamados a solucionar problemas con amor y rechazar el pecado, permitiendo que el agua de nuestras vidas se convierta en el “vino nuevo” que manifiesta la gloria de Dios.

Que nuestras comunidades eclesiales, al igual que el agua en las bodas de Caná, vean cómo nuestras dificultades se transforman en oportunidades para manifestar la gloria de Dios, llenando de esperanza y renovación cada rincón de nuestra nación.



Orando en la semana

- D** 19: Is 62,1-5/Sal 95,1-2a.2b-3.7-8a.9.10a.c/
1cor 12,4-11/Jn 2,1-12
- L** 20: Hb 5,1-10/Sal 109,1.2.3.4/Mc 2,18-22
- M** 21: Hb 6,10-20/Sal 110,1-2.4-5.9.10 c/
Mc 2,23-28
- Mi** 22:Hb 7,1-3.15-17/Sal 109,1.2.3.4/Mc 3,1-6
- J** 23: Hb 7,25-8,6/Sal 39,7-8^a.8b-9.10.17/
Mc 3,7-12
- V** 24: Hb 8,6-13/Sal 84,8-10.11-12.13-14/
Mc 3,13-19
- S** 25: Hch 22,3-16/Sal 116/Mc 16,15-18

Los símbolos

Por Esteban L. Aquino Nieto



Desde el punto de vista filosófico, el origen de los símbolos se remonta al alba de la consciencia humana, ya que de una u otra forma fueron utilizados por la humanidad para comunicarse, mucho antes de hacerlo por medio del lenguaje. En pocas palabras, los símbolos son el corazón de la imaginación. Hasta hoy, el ser humano vive y se comunica constantemente a través de símbolos, y muchas veces no es consciente de ello.

Según el Diccionario de los símbolos, de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, estos “revelan los secretos de lo inconsciente, conducen a los resortes más ocultos de la acción, abren la mente a lo desconocido y a lo infinito”. Al expresarse, los símbolos describen la voluntad de quienes se esfuerzan para traducirlos. Su lenguaje está presente en nuestras aspiraciones, conductas, logros o fracasos. La lingüística, las artes, la religión, las ciencias, entre otras muchas disciplinas, utilizan la simbología para la interpretación de los misterios o enigmas que plantean.

Podría definir tres tipos o grupos de símbolos: naturales, artificiales y espirituales (o místicos). El primero se refiere a los elementos o condiciones que pueden ser encontrados en la naturaleza, de forma visible. Por ejemplo, un árbol representa crecimiento; el sol se identifica con la luz, el calor y la esta-

bilidad de los procesos naturales; el cielo, lo inalcanzable, infinito y la morada de Dios.

Como símbolos artificiales podemos considerar a aquellos que no son obra de la naturaleza, sino humana. En este grupo encontramos a los alfabetos y otras formas de lenguaje, y las expresiones artísticas. Un ejemplo puede ser el dibujo de un corazón, símbolo de amistad, amor, fraternidad, compasión. En general, los símbolos artificiales están relacionados con la imaginación humana y su intención para representar un concepto o idea previamente meditada.

Por último, tenemos a los símbolos espirituales o místicos. Estos tienen como finalidad representar conceptos relacionados con la espiritualidad; como ejemplo tenemos el simbolismo de la Trinidad, la cruz, el agua, la eucaristía, entre otros. En el cristianismo oriental es común el uso de los íconos, pues la palabra misma significa literalmente “imagen”, pero esta no representa algo de forma explícita, sino simbólica. Un ícono cristiano es venerado y se emplea para la oración. Así mismo, todo gesto, color, figura, objeto... que forma parte de la tradición cristiana encierra un simbolismo que incluye, además, un origen, o varios.

De acuerdo con lo anterior —y siendo Cristo el Misterio de los misterios—, podría afirmar que el simbolismo cristiano es todo un océano a explorar. Navegar e incluso sumergirse en estas aguas es una aventura maravillosa que les propongo. A través de una serie de artículos dedicados a la simbología cristiana, iremos descifrando algunos de los misterios que encierran.

Pido al Espíritu Santo que nos guíe en esta exploración y nos ayude a crecer en entendimiento y discernimiento; que nos acompañe en nuestro camino junto a Jesucristo, síntesis de los símbolos fundamentales del universo.